

medio de la corruptora inmoralidad de la revuelta, me conservé puro en el acendrado patriotismo, ¿cómo ahora, con la experiencia y reposo que dan los años, identificado como buen mexicano, con los más sagrados intereses de la República, habría de macular mi modesta pero limpiísima historia militar, haciendo criminalmente retrogradar mi País, a la época funesta de la anarquía, orillándolo a un conflicto extranjero, que sobrevendría inevitablemente como consecuencia de una grave alteración del orden público, en momentos en que perdíamos al pacificador, al gran reformador de nuestro México?

—Creerme capaz de atentar, así, contra la paz interior, y por ende, hasta contra la de carácter internacional, pues la intervención extranjera hoy se impone para garantizar los cuantiosos capitales venidos del exterior a nuestras industrias y mercados, es suponer insensatamente, o con vil malignidad, a quien nunca faltó a las leyes del honor como soldado, y a quien ha probado con sus constantes servicios en todo orden, su amor a la Patria, capaz de infamarse con el crimen de traicionarla!

—Esta suposición sería cruel para mí, si no fuera estúpida por falta de lógica para hacerla, o por sobra de maldad para inicuaamente fraguarla.

—He ganado mis grados militares uno a uno, como premios de guerra; y solamente con el último, de general de División, tras de veinte años de General de Brigada, en que desempeñé graves comisiones y altos mandos en Sonora, San Luis Potosí y los Estados de la frontera, me agració el señor Presidente, ya en tiempo de paz, mandándome ceñir la banda azul.

—Y cuál ha sido mi carrera política? Ella, aunque de poca significación, es bien conocida por la pureza de sus actos, por la constancia de los servicios y por una

evidente fidelidad hacia el Supremo Gobierno, la cual impone el civismo a todo ciudadano y el honor a todo soldado. (1)

—Esa absurda suposición a que usted alude, se mella sin herirme, ante la inquebrantable coraza que han forjado y pulido los antecedentes de toda mi vida. Por lo demás, sólo ha podido partir de gente vulgarísima.

—Cuando la Nación sufra la inmensa pérdida del gobernante que hasta aquí con tanta habilidad y patriotismo la ha regido, será el gran momento de prueba para los mexicanos.

—Entonces debe mostrarse al mundo, de una vez para siempre, que México es ya una nación digna de figurar al lado de las que más se precian de cultas y progresistas. Entonces es cuando debemos dar una prueba palpable de que el sacrificio de toda una vida, como la del General Díaz, para formar y consolidar esta Nación, no ha sido estéril.

—Nuestro deber, si el triste suceso viniera estando él en la Presidencia, sería sostener unidos, dentro del sentimiento grande y poderoso de la Patria, al sucesor que la ley le ha creado, al Vicepresidente de la República.

—Sólo así favoreceríamos la evolución pacífica que habría de conducirnos al ejercicio de la democracia, y sólo así seremos dignos de un legado de paz y prosperidad que estamos obligados a conservar.

—Para llegar a este resultado, los directores de la opinión pública, los políticos de prestigio, deben reprimir con todo el esfuerzo de una voluntad fortalecida

1)—Toda esta fraseología la olvidó el Gral. Reyes meses después, cuando se pronunció contra el Gobierno de Madero.

por el amor a la Patria, sus propias y personales ambiciones, y las reflexiones e impacencias de que pudieran ser capaces sus amigos y partidarios.

—Los partidos políticos, sostenedores de altos principios de Gobierno, que no son otra cosa que los órganos de exploración y acatamiento de la opinión pública, de la voluntad popular, son útiles a la democracia, y nos aproximamos indudablemente a la etapa en que deben surgir y desarrollarse, pero sin violencias ni apresuramientos. Quizás el Presidente tenga aún tiempo de verlos florecer, y de ayudar y encausar su acción.

—Las facciones sin principios, puramente personalistas, son nocivas a todos los gobiernos, lo mismo a los monárquicos que a los republicanos. Cuando logran el dominio por medio de la intriga y el engaño, todos sus actos van encaminados a la venganza, todas sus energías se dedican a conservarse en el Poder, y todas sus ambiciones se aplican al medro personal.

—Contra semejantes facciones debe, en toda época, usarse sabia y firmemente, el extinguidor de que habló el señor Presidente en su entrevista con Mr. Creelman.

—Cierto que los partidarios informados en los altos principios de gobierno necesitan también personalidades, por ser los principios puramente abstractos y tener alguien que llevarlos a la práctica; pero en este caso, hay la enorme diferencia de que son las personas las que quedan subordinadas a los principios y no al contrario.

Y ¿cree usted, señor, dije, que los motines acaecidos últimamente en Viesca y en algunos pueblos de la frontera, hayan tenido alguna importancia, y sean la expresión del sentimiento de algún partido o facción política?

—Es ya bien sabido, contestó, no sólo en México, si-

no en el mundo entero, pues hay que convenir en que las naciones con quienes cultivamos cordial amistad nos hacen ya justicia, que tales motines, sin importancia alguna, no asumieron sino el carácter de bandolerismo, y han sido obra de malos mexicanos, que no pudiendo vivir en México, por haber atraído con su conducta la persecución de la justicia, han hecho desde el extranjero una industria infame de la conspiración, buscando refugio del otro lado del Bravo, donde unidos a malhechores que acuden a las fronteras para estar prontos a eludir la acción de las autoridades, preparan golpes de mano, propios de bandidos, sin que puedan llegar a tener trascendencia política, y los cuales sirven para probar el buen criterio nacional, y la firmeza incommovible de su estado de paz, que se afianza en la costumbre adquirida del trabajo honesto y fructuoso, a que se dedica la gran masa de la Nación a que la ha hecho arribar la política enérgica, prudente y sabia de Porfirio Díaz.

—La pronta acción desplegada por el Gobierno sofocó inmediatamente esas manifestaciones de bandolerismo, y los que en ellas tomaron parte, están ya capturados o prófugos.

—El crédito de México, como es bien sabido, no sufrió en lo más mínimo a causa de esos criminales alborotos, que se registran con frecuencia, y quizás con mayor intensidad, en otras naciones de antaño cimentadas y ellos han venido a demostrar la incontrastable fuerza de nuestro Gobierno, para reprimir cualquier desorden y dar plenas garantías al capital extranjero y nacional que trabajan pacífica y ordenadamente, en el desarrollo de nuestras grandes fuentes de riqueza.

—No es, por otra parte, en la etapa de progreso que

hemos alcanzado, por la revolución, sino por la evolución firme, serena y constante, por la que llegaremos a obtener el ejercicio de la democracia. El Gobierno del General Díaz favorece notablemente esa evolución, y nosotros debemos procurar que ese gobierno continúe mientras sea posible.

—Y piensa usted, mi General, que los Estados Unidos favorezcan esa evolución nuestra de que usted habla?

—Pienso que si los Estados Unidos no favorecen nuestra evolución hacia la democracia, no tienen por qué estorbarla, y menos cuando se muestran amantes de ella y amigos nuestros.

—Dignidad, honradez, justicia y benevolencia, son las virtudes que debe ejercitar una colectividad llamada Nación, en sus relaciones con las demás. Dignidad frente al fuerte, si apremia mostrarla; benevolencia frente al débil; justicia y honradez en sus compromisos para todos.

—Haciendo un resumen y ampliando ciertos conceptos, yo podría decir a usted, añadió el General Reyes, que la prosecución del General Díaz en la Presidencia dará más firmeza, mayor prestigio a la institución de la Vicepresidencia, la cual asegura la paz en cualquier desgraciado evento del porvenir: que esa continuación podrá servirle, teniendo la autoridad del puesto en que lo mantengamos, para dejar ejercer, si es necesario, a ese sustituto llamado por la ley, cuyo experimento será acaso favorable a la evolución democrática.

—Ahora, debemos pensar, que siendo tan interesante el puesto de Vicepresidente, en todo tiempo, y más en nuestras especiales circunstancias, al tratarse de su elección en el próximo período, dado que hemos fiado la dirección de nuestros asuntos al General Díaz, porque to-

da su pasada heroica vida nos garantiza que se seguirá esforzando por el bien de México, tendremos que buscar un candidato entre las personas que en los momentos actuales de cerca lo rodean, cuentan con su confianza y están en sus secretos de Estado, pues de otro modo, estorbaríamos la marcha que quisiera seguir en las preparaciones del futuro nacional, y esto, además de ser ilógico, revestiría el carácter de la obstrucción impolítica, que habría de cohibir el desarrollo de los altos propósitos de nuestro Presidente, quien, con mayor devoción que nunca, sin duda, habrá de llevar a efecto los últimos actos para el mejoramiento de una patria, a la que se ha consagrado con todo amor y que le muestra la necesidad que de su persona tiene todavía para afianzar su prosperidad, efectuar los necesarios progresos políticos que demanda su entidad republicana, y para su mayor venidera gloria, que inmortalizará la que de justicia corresponde al eminente servidor.

Expresé al señor General Reyes mi más cordial agradecimiento, por haber sido benévolo al contestar las interesantes preguntas que le había dirigido, le pedí como señalado favor que me concediera publicar en mi periódico "La República," cuanto me había dicho, a lo que accedió, diciendo que por más que consideraba que su voz no tenía autoridad, creía que todo ciudadano que fuese requerido, debía dar a conocer sus ideas en asuntos tan trascendentales como los que yo había tocado; pero yo no he querido omitirlo, y exponiéndome con mi indiscreción a su desagrado, lo publico, esperando que el General me perdone, en gracia de que, si por su parte estima que no tiene ninguna significación su persona, muchos, muchísimos, y yo entre ellos, opinamos lo contrario.

Así, pues, los lectores de mi periódico concederán a las diversas declaraciones del señor General Reyes, Gobernador de Nuevo León, uno de nuestros estadistas y militares de gran prestigio, todo el valor que pueden tener en el momento histórico por el cual atraviesa nuestra Patria.

Monterrey, Julio 28 de 1908.—Heriberto Barrón.

\* \* \*

La entrevista del General Reyes, que fué comentada de diversos modos por la prensa de aquellos días, dibujó perfectamente al personaje. El General se presenta como el iniciador de la reelección: es un incondicional del Gral. Díaz, dispuesto a acatar su mandato y a sostener al Vicepresidente de la República, que supone no será él, para así no despertar la desconfianza del Presidente. No hay alabanzas que no le dirija, ni lisonjas que no le ofrezca. En el lenguaje que le es peculiar, se traiciona a sí mismo, al rechazar el cargo que nadie, ostensiblemente, le había formulado, de ser capaz de iniciar una revolución. Sus palabras podrían refutarse con las mismas que usó en la proclama que tres años después, lanzó al pronunciarse contra el señor Madero. Ambos documentos, son prototipo de inconsecuencia de ideas políticas. El hombre queda retratado ante la Historia por sí mismo.

Mientras el General Reyes hablaba en los términos que dejo transcritos, sus amigos comenzaron a trabajar su candidatura para la Vicepresidencia, atacando rabiamente al Candidato del General Díaz.

El General Díaz no se dejó engañar con la palabrería de don Bernardo Reyes, objeto principal que llevaba la entrevista; y cuando los trabajos electorales se acentuaron, no obstante que los delegados enviados por el

Gobernador de Nuevo León, unánimemente votaron por la candidatura Díaz-Corral en la Convención celebrada en México (1) el Presidente, siempre desconfiado, juzgó, dada la actitud de los amigos y principales partidarios del General Reyes, que debía tomar algunas precauciones y la primera fué designar al General Gerónimo Treviño como jefe de la 3ra. Zona Militar.

El General Reyes había sido el instrumento empleado por el General Díaz para acabar con el prestigio que los Generales Treviño y Naranjo tenían en la frontera, cuando temió que dichos jefes pudieran oponerse a sus designios de reelección indefinida; y cuando desconfió de su instrumento, y temió que éste a su vez se negara a acatar su mando, fué al General Treviño, superviviente en aquellos momentos de la dualidad fronteriza, a quien encomendó la vigilancia sobre el Gobernador de Nuevo León. El General Reyes, al sentir el movimiento del General Díaz, pensó que las represalias que tomaría el General Treviño serían terribles, y se preparó para resistir. Al efecto, abandonó Monterrey y se retiró para la Sierra de Galeana, pretextando motivos de salud. Como siempre, su indecisión lo perdió. No quería someterse, pero tampoco rebelarse; y en actitud de rebelión, pero clamando en todos los tonos que seguía de súbdito fiel de don Porfirio Díaz, estableció su Gobierno en la ciudad de Galeana, procurando rodearse de elementos con qué resistir.

El General Treviño no perdió el tiempo, inmediatamente comenzó a rodearlo, haciendo ir desde México

(1)—Los detalles de esta Convención se encuentran en el Capítulo XIX.

fuerzas en las que tenía absoluta confianza (2) y lo cercó de tal manera que hiciera imposible la resistencia si se decidía a hacerla. No la hizo; una inundación repentina, debida a ciertas obras hechas por el General Reyes en la ciudad de Monterrey, lo obligaron a definir su situación y regresar violentamente a Monterrey. El viaje lo hizo a caballo, acompañado de una escolta y con todas las precauciones del que va perseguido o teme serlo. Atravesó la sierra y cuentan que al llegar a Monterrey y descender de la cabalgadura, lanzó un hondo suspiro y dijo a los fieles que le acompañaban: "Si los papeles se hubieran trocado, el General Treviño no habría llegado vivo a su casa."

El General Díaz envió a Monterrey, para convencer al General Reyes de que debía dejar el Gobierno del Estado y salir para Europa, a don Manuel Calero, Vicepresidente del Partido Democrático. A los pocos días llegó don Bernardo a México y conferenció nuevamente con el señor Calero, quien lo acompañó a la entrevista que tuvo con el General Díaz en Chapultepec. En ella se convino que saliera inmediatamente para el extranjero. El Gobierno Federal le confió una misión en Europa, dotándolo ampliamente de recursos para que pudiera vivir cómodamente con su familia en la Capital de Francia. Allí encontró, meses más tarde, en Julio de 1910, al señor Limantour.

Las fiestas del Centenario, que fueron suntuosas, no tuvieron por testigos a los jefes de las dos agrupaciones

(1)—El Brigadier Juvencio Robles, al frente del 23 Batallón, que acababa de hacer acto de presencia en Cuernavaca, para la elección de don Pablo Escandón, salió en seguida para Monterrey.

políticas que más habían luchado por predominar en el ánimo del General Díaz.

El Presidente había trabajado sin tregua ni descanso, por desunir a los dos hombres que mayor prestigio tenían en aquella época en el País. No quiero discutir si ese prestigio era fundado o no, los lectores de esta obra podrán deducirlo de los hechos en ella narrados; pero es un hecho indiscutible que tanto el señor Limantour como el General Reyes, eran considerados como dos hombres políticos que se completaban y que muchos creían que unidos, habrían podido hacer la obra de consolidación de la paz, que sólo sostenía hasta esos momentos, el temor al férreo brazo de don Porfirio Díaz. Tal parecía que había sido el pensamiento inicial del General Díaz, cuando hizo creer al señor Limantour en la posibilidad de abandonarle el Poder. Para ello lo había hecho ir a Monterrey y ponerse de acuerdo con el General Reyes; pero como arrepentido inmediatamente de su obra, apenas iniciada, su esfuerzo se encaminó a destruir esa unión; a hacerla imposible. Tarea por otra parte nada difícil, dados los elementos que rodeaban a uno y otro personaje, cuyas tendencias e ideales eran diametralmente opuestos. Los dos hombres podían unirse, las tendencias que representaban, jamás.

El General Díaz se había complacido en destruir una obra que, repito, no podía subsistir, porque los amigos del señor Limantour, cuyas ideas políticas estaban bien definidas, no tenían ninguna confianza en el General Reyes; y los enemigos de éste, odiaban a los que habían elevado al señor Limantour, cuyo criterio político sabían era totalmente distinto al del divisionario jalisciense. La tarea emprendida por el Presidente era obra fácil mientras los dos personajes estuvieran en la República y no

pudieran sustraerse a las influencias que les rodeaban; pero en París, lejos del medio, y libres de los consejos y de las exigencias de sus respectivos amigos, abandonados ambos a sus personales ideas y movidos por sus personales ambiciones, podían entenderse y se entendieron perfectamente.

El señor Limantour, sin embargo, negó terminantemente haber hecho alianza con su antiguo enemigo y sostuvo que sus relaciones habían sido de simple cortesía. En cambio, el General Reyes sostuvo que habían pactado la separación absoluta de los científicos de la cosa pública; la renuncia del señor Corral a la Vicepresidencia y a toda ingerencia en la política del País; el exterminio de la revolución, negándose en lo absoluto a tratar con los jefes de ella; y su nombramiento como Ministro de la Guerra, pudiendo disponer de todo el dinero que fuera necesario para la campaña. Los hechos posteriores vinieron a demostrar que el Ministro de Hacienda no había tenido inconveniente en sacrificar todos sus ideales y todos sus afectos encerrándolos en el puño de la espada del General Reyes, para que ella le abriera el camino del Poder, para cuyo logro ambos se unían. Nada más que el señor Limantour, como siempre que quería lanzarse solo en el campo de la política, perdió el camino y rodó al abismo.

El General Reyes, mucho más mañoso, al quedar concertada aquella alianza, debe haber lanzado un suspiro más profundo, de más intenso regocijo que el que se dice exhaló al descender del caballo en Monterrey, después de la huída de Galeana: porque aquella alianza significaba su victoria más completa, quizá el logro de sus ambiciones, precisamente cuando estaba a punto de perder toda esperanza. El señor Limantour creyó sacrificar úni-

camente sus ideales y sus amigos: se equivocaba, el primer sacrificado era él. Ya no le quedaría otro camino que continuar al lado del héroe de Tamiapa y la Unión; cobijarse bajo su ala; ampararse con su espada; en una palabra, servir de escalón para que don Bernardo Reyes satisficiera sus ambiciones.

Al darse aquel abrazo los antiguos enemigos, deben haber recordado las humillaciones sufridas por ambos, las vejaciones que se les habían impuesto, las intrigas del Presidente para desunirlos. Ambos han de haber culpado al General Díaz de la situación en que se encontraban, y sin decirlo, debe haberse perfilado en el espíritu de ambos un vehemente deseo de venganza, natural en el hombre, explicable en la situación por que atravesaban.

No tuvieron tiempo de hacer efectiva la unión. El señor Limantour, al regresar al País, quiso cumplir lo ofrecido; los acontecimientos se lo impidieron. Detenido el General Reyes por la Revolución triunfante en la Habana, su hijo, el licenciado don Rodolfo, arregló que su padre viniera como sostén del nuevo Gobierno. Don Bernardo Reyes al regresar a México, lo primero que hizo fué expedir una especie de manifiesto, de color netamente revolucionario, arrojando la responsabilidad de todos los desaciertos cometidos por el General Díaz, y de todos los males que aquejaban a la República, a los científicos. Ausentes del País los principales hombres de la agrupación, mis amigos, escribí al General Reyes una carta, exigiéndole las pruebas de sus afirmaciones. Me contestó la carta que en seguida transcribo, con la contestación que le dí. Así creo dejar retratado a un personaje que pertenece por completo a la historia, y a quien

juzgo como uno de los principales responsables de la situación por que atraviesa el País. (1)

Las cartas dicen así:

General Bernardo Reyes.—7a. de las Flores Núm. 124.—México, D. F.

México, Junio 14 de 1911.—Sr. Lic. don Ramón Prida.—Presente.

Muy señor mío:

He recibido su carta del día 12, que hace usted bien en escribir como miembro de un grupo que tanto influyó en la Administración pasada.

Me hace usted una interpelación, que no estoy en el caso de contestar, pues, creo que Ud. sabe muy bien cuántas y cuán profundas son las causas que, dentro de mi criterio, tienen que existir, para juzgar como juzgo, la labor de aquel grupo "científico;" me pide usted demostración de las declaraciones que hago en el Manifiesto, dirigido a mis conciudadanos y a mis compañeros de armas, y aun cuando podría escribir, y acaso escriba algún día, un libro sobre el particular, hoy me atengo a la opinión pública, esperando para lo futuro, el fallo de la historia, que, en mi concepto, confirmará mis ideas

Sin duda diversos escritores de profesión, que pueden ocuparse de este asunto, sin distraer atenciones superiores, satisfacerán su deseo.

Soy de Ud. atto. y afmo. S. S.

B. Reyes.

(1)—Al decir que estaban ausentes del País los principales científicos, me refiero a los señores Pineda y Macedo. Otros, como el señor Creel, estaban en México, pero no dieron ningún paso para refutar los ataques del General Reyes.

México, 16 de Junio de 1911.

Sr. General de División don Bernardo Reyes.—Presente.

Señor General:

Tomo nota, según la carta de V. fecha 14 del actual, que para hacer la afirmación de que "el grupo científico sea responsable de las desgracias de la República" se atiende V. a la opinión pública, única prueba que puede V. aducir por ahora, esperando para lo futuro el fallo de la historia, que cree V. confirmará sus ideas. También dice V. que yo debo saber cuántas y cuán profundas son las causas que, dentro de su criterio, deben existir, para juzgar como juzga la labor de aquel grupo "científico."

Respecto a este último concepto, debo hacer constar que sólo sé, lo que es público, esto es, la participación de V. en la obra del señor General Díaz, ignorando los acuerdos, compromisos o desavenencias que haya V. tenido con los hombres que se han considerado como directores del grupo científico, y que como V. colaboraron en el Gobierno que acaba de caer, y las causas que motivaron unos y otras.

Soy de V. señor General, atento seguro servidor.

Ramón Prida.

